

Onda y postmodernidad en México

Antonio J. Jiménez, Universidad de California en Los Angeles

En el presente trabajo nos proponemos explicar el movimiento contracultural conocido como la Onda surgido en México en la década de los sesenta como un fenómeno postmoderno. Como veremos en seguida, la Onda representa una manifestación de la condición postmoderna de dos maneras fundamentales: primero, por formar parte de la ola contracultural que se dio a nivel mundial en los sesenta ante el proyecto de la modernidad; y segundo, por ser producto del proceso global de transculturación relacionado con el fenómeno de una cultura de masas. Más importante aún, consideramos que la Onda, por su naturaleza superficial y mimética, pone en evidencia la crisis de identidad nacional de ciertos sectores de la sociedad mexicana quienes, en su afán de ingresar a la modernidad, adoptaron modelos de vida ajenos a sus propias circunstancias históricas y culturales. De hecho, la Onda no pudo haberse dado sin la penetración en México del capital extranjero a través de las compañías multinacionales y de sus concomitantes campañas de publicidad que promueven e imponen nuevas pautas de consumo y modelos culturales ajenos a la cultura autóctona por los medios de difusión masiva. El fenómeno social de la Onda, por consiguiente, surge en México como reflejo de unas condiciones económicas y políticas inherentes al sistema global del capitalismo post-industrial.

En cuanto a las contraculturas como un fenómeno postmoderno, éstas surgen como el síntoma de un profundo desencanto y frustración ante todo el proyecto de la

modernidad. Como señala Luis Britto-García en su libro *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*:

El mensaje contracultural es, por ello, adversario directo de la lógica unilateral, la estratificación social, el autoritarismo, la restricción sexual, la despersonalización y la agresividad presentadas como paradigmas por el discurso de la modernidad. En este sentido, *las contraculturas fueron la verdadera postmodernidad*. (46)

En efecto, las contraculturas de los sesenta mantuvieron una postura bastante crítica hacia una modernidad que no había cumplido sus promesas de emancipación y bienestar social para la humanidad. Más bien, había ocurrido todo lo contrario ya que tan sólo en la primera mitad del presente siglo el sistema capitalista mundial había sufrido profundas crisis, a saber, el colapso de la bolsa de valores y dos catastróficas guerras mundiales. Tal situación de crisis, en lugar de apuntar a una posible resolución, se había exacerbado todavía más con la terrible guerra de Vietnam. El fenómeno de las contraculturas, entonces, surgió como síntoma de este ambiente de crisis en que toda la cuestión de la modernidad estaba sufriendo una seria reevaluación; de ahí que se considere a las contraculturas como los heraldos de la era postmoderna.

Así pues, en la década de los sesenta tiene lugar una especie de resurrección del espíritu crítico que caracterizó a las vanguardias

modernistas de principios de siglo. Con la ola contracultural, se propusieron y se practicaron formas alternativas de ver y vivir la vida; bajo este nuevo paradigma, saltaban a la vista claros horizontes utópicos que se oponían a la fragmentación social promulgadas por el discurso de la modernidad bajo el capitalismo. No obstante, el pensamiento revolucionario de los sesenta (y las contraculturas como manifestación del mismo), fracasó porque carecía de un proyecto político que lo hiciera trascender más allá de la situación de crisis. Así lo explica Britto García:

Para triunfar, le faltó justamente lo que la contracultura rechazaba por cuestión de principio: un aparato político organizado y coherente. Es cierto que los que existían para la fecha fallaron: el fallo de la contracultura estuvo quizá en no crear uno propio. El gesto insurreccional sirvió—primero en Francia, pero luego en Estados Unidos y en el resto de los países desarrollados—para despertar el pánico de las mayorías bienpensantes, y estimular a éstas al lanzamiento de un agresivo contraataque de represión, cierre ideológico y conservadurismo, que habría de dominar las décadas inmediatas. (113)

El *establishment*, en efecto, logró apropiarse sin demasiados problemas del discurso postmoderno transformándolo en un proyecto ideológico marcadamente conservador que favorecía al aparato hegemónico del capitalismo tardío.¹

En el caso particular de México, el movimiento contracultural de la Onda también puso en entredicho el progreso alcanzado gracias al acelerado proceso de modernización. Dicho proceso de mo-

dernización, en efecto, ya lo había iniciado el régimen dictatorial del general Porfirio Díaz desde el siglo pasado durante las tres décadas en que ocupó el poder. Pero fue el importante suceso de la Revolución de 1910 el que hizo posible el ingreso parcial de México a la experiencia de la modernidad. Así pues, una vez institucionalizada la Revolución, los diferentes gobiernos postrevolucionarios tuvieron como objetivo principal el desarrollo del país mediante un acelerado proceso de industrialización. Para ello fue necesario que muchas de las reivindicaciones sociales de la Revolución, tales como la Reforma Agraria, se abandonaran a favor del desarrollo material.

Ya para los años sesenta México gozaba de una considerable modernización industrial, aunque vale decir que en el ámbito social permanecía muy atrasado. La riqueza nacional producto de la industrialización del país se hallaba concentrada en círculos sociales muy reducidos lo cual dio lugar a la existencia simultánea de dos Méxicos, uno moderno y el otro subdesarrollado. Por otra parte, para poder mantener un ritmo constante de desarrollo, la burguesía mexicana se vio ante la necesidad de contraer enormes préstamos de organismos financieros extranjeros. Lógicamente, con el paso del tiempo, dicha dependencia del capital extranjero tuvo como consecuencia la intervención cada vez mayor de los Estados Unidos en los asuntos nacionales, especialmente a través de las compañías multinacionales. En cuanto a los avances del progreso tecnológico en México, los centros urbanos fueron los que más se beneficiaron. Consecuentemente, fue en estos espacios privilegiados de las ciudades mexicanas donde se originaron la primeras críticas a la modernidad a través del discurso contracultural de la Onda.

El movimiento de la Onda, en efecto, surgió en la ciudad de México a mediados de la década de los sesenta y perduró

aproximadamente por una década. Dicho movimiento estaba conformado casi exclusivamente por jóvenes provenientes de las clases medias urbanas. El surgimiento de la Onda ocurrió de forma espontánea y por lo mismo carecía de la organización necesaria y de unos planteamientos teóricos que lo definieran como un auténtico movimiento político. De hecho, los jóvenes onderos, en lugar de plantearse cuestiones sociales que legitimaran su rebelión ante la opresión del *establishment*, se limitaban sin más a imitar los gestos y actitudes de la contracultura estadounidense. Como señala Carlos Monsiváis:

Estados de ánimo, estilos de vida y (vagos) desistimientos y plataformas ideológicas. La Onda es el primer movimiento del México contemporáneo que se rehúsa desde posiciones no políticas a las concepciones institucionales y nos revela con elocuencia la extinción de una hegemonía cultural. (235)

Así pues, más que buscar una transformación real del sistema político mexicano, el objetivo principal de la Onda fue crear un estilo de vida al margen del poder que reflejara mejor las necesidades espirituales y creativas de esta joven generación. Por ello, se afirmaban como valores máximos el ocio y el placer relacionados con el sexo y las drogas; se quería vivir plenamente la vida explorando con toda libertad las distintas fases del existir. Era necesario, por tanto, rebelarse en contra de toda ley o norma que restringiera la libertad, y por este motivo, esta generación de jóvenes se negaba a seguir el camino trazado por sus padres hacia un “futuro brillante.” Al contrario, despreciaban muchos de los valores asociados con una clase media mexicana en ascenso—valores tales como la dedicación al trabajo, la defensa de la propiedad privada y la seguridad económica,

respeto a la institución del matrimonio— etc. Evidentemente, hay en dicha actitud generacional claros paralelismos con la visión hedonística y anti-pragmática afirmada por el movimiento *hippy* de los EE.UU.

Los jóvenes, por tanto, buscaron nuevos modelos de conducta en la cultura popular estadounidense a la cual tenían acceso mediante revistas y periódicos, la música rock, el cine y la televisión. De hecho, el modelo original del joven ondero era nada menos que el personaje que Marlon Brando representó en la película *The Wild One*; así lo declara Parménides García Saldaña, uno de los integrantes de la Onda, en su libro *En la ruta de la onda* :

El primer modelo de ondero a seguir fue sin duda Marlon Brando. Vistiendo y gesticulando como él en *El salvaje* automáticamente se era “El rebelde.” Adoptando la personalidad de Marlon Brando en *El salvaje* se mostraba que no se quería ser como los demás. (54)

Los jóvenes, además, crearon su propio lenguaje de la Onda adoptando palabras y expresiones del inglés que aprendían del cine y de las canciones de rock. Se apropiaron, además, de numerosos coloquialismos del lenguaje hablado por las capas socialmente marginadas ya que así lo exigía el modo de hablar de su héroe estadounidense. Así fue, entonces, que el lenguaje de la Onda se convirtió en todo un hermético sistema de signos lingüísticos difíciles de descifrar para aquellos que no pertenecían a esta secta juvenil. Este lenguaje les servía asimismo para ridiculizar la solemnidad y rigidez asociadas con ciertos actos públicos e instituciones sociales de la cultura oficial.

Así fue que el movimiento de la Onda, sin realmente proponérselo, se transformó en un grupo contestatario con el peso suficiente

para cuestionar la autoridad de la ideología imperante. Gracias a la penetración en México de nuevas propuestas ideológicas y otras influencias culturales a través de los medios masivos, la hegemonía del discurso oficial fue perdiendo vigencia y efectividad, y por ello, su autoridad se sintió profundamente amenazada. El *establishment* mexicano, por consiguiente, no dudó en atacar y reprimir al movimiento juvenil hasta provocar su desintegración total. Quizás la mayor muestra de represión de la juventud por el gobierno tuvo lugar el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de Tlatelolco². Por el simple hecho de querer establecer un diálogo con el régimen del presidente Gustavo Díaz Ordaz, cientos de estudiantes fueron asesinados y otros tantos heridos por el ejército mexicano. Este trágico incidente ratificó con toda claridad que el gobierno no estaba dispuesto ni siquiera a escuchar las peticiones de unos jóvenes que, lejos de exigir unos cambios drásticos y violentos, sólo pedían por medios legales y pacíficos una mayor democratización del sistema político.

Otra táctica empleada por el sistema para neutralizar todo potencial subversivo del movimiento fue a través de la imitación y comercialización de actitudes y vestimentas pertenecientes a los jóvenes onderos. Tiendas y almacenes imitaron e hicieron comercialmente rentables el atuendo que antes había sido símbolo de transgresión y rebeldía; de esta manera, lo marginal pronto se convirtió en la norma. La Onda, pues, fue perdiendo paulatinamente fuerza y unidad hasta desintegrarse del todo. Como asevera Monsiváis:

pero después nada o poca cosa, todo seguía igual, ni paz ni amor ni la vida cambió de volada y los chavos se aceleraron o desaceleraron a voluntad y la sociedad inmutable. Gritaron: ¡Abajo el Establishment! y el Establishment no se vino abajo. Entonces quienes

se derrumbaron fueron ellos.
(257-58)

La rápida y eficiente derrota del movimiento contracultural de la Onda por el *establishment* se debió en buena medida a que aquél no logró trascender los parámetros establecidos por su propia clase social. No hay que olvidar que la Onda estaba conformada mayormente por jóvenes provenientes de las clases medias urbanas. El mayor error de la Onda como movimiento contestatario, entonces, fue que sus integrantes no buscaron la alianza con otros grupos socialmente marginados por el sistema, tales como obreros y campesinos. Dicha alianza inter-clasista le hubiera conferido al movimiento una mayor fuerza y trascendencia histórica.

El surgimiento de la Onda como movimiento contracultural en México revela una singular manera de experimentar la postmodernidad desde la periferia. Aunque hasta cierto punto se justifique su posición contestataria en el contexto político-cultural mexicano, la Onda resulta ser un claro reflejo de los sucesos que estaban teniendo lugar en la metrópoli. Como señala Britto García:

En las naciones dependientes, la adopción de la subcultura de consumo es un fenómeno de mimesis y no de creación, y el significado de sus símbolos más ambigüo. Si el joven de la metrópoli adopta cierto símbolo como expresión de protesta y de distanciamiento con respecto a los valores del sistema industrial en que vive, el consumidor de la nación dependiente lo asume en señal de adhesión a la metrópoli. (56)

Se puede afirmar, entonces, que la naturaleza misma de la Onda estuvo determinada en gran medida por la penetración en México, no tan sólo del capital extranjero a través de

las grandes corporaciones multinacionales, sino especialmente por la cultura popular proveniente de los EE.UU. difundida por los medios masivos de comunicación. El movimiento de la Onda, por consiguiente, tiene obvias vinculaciones con el fenómeno de una sociedad de masas, el cual se ha venido dando a nivel mundial desde la Segunda Guerra Mundial. Para el México de los cincuenta y sesenta, como hemos señalado anteriormente, la influencia del cine y la televisión estadounidenses marcaron profundamente la cultura nacional. De los distintos sectores que conforman la sociedad mexicana, la clase media urbana, y más en particular sus miembros jóvenes, demostraron ser los más susceptibles a esta nueva mentalidad *pop*. No es casualidad, entonces, que con la Onda se adoptaron no tan sólo los aspectos formales del movimiento *hippy* de los EE.UU., tales como el estilo desaliñado de la indumentaria y el pelo largo en los hombres, sino que además se imitaron muchas de sus actitudes de rebeldía y transgresión ante el *establishment*. De hecho, la juventud mexicana seguía tan de cerca los acontecimientos que se estaban dando en la contracultura estadounidense que cuando tuvo lugar el multitudinario concierto de rock en Woodstock, poco después se organizó uno muy similar en Avándaro como contrapartida de aquél.

Por tratarse de un fenómeno cuya configuración particular estuvo determinada en gran medida por unos acontecimientos allende las fronteras nacionales, consideramos que el movimiento de la Onda en México surge como parte de un fenómeno marcadamente postmoderno que es la transculturación. De hecho, para que dicho proceso de transculturación pueda darse es necesaria la intervención directa de los medios masivos de comunicación en la formación cultural de una comunidad dada; es a través de ellos, en efecto, que se difunden y se promueven mundialmente ciertas ideologías y estilos de vida que perpetúan el discurso hegemónico de las metrópolis. Con

la transculturación, entonces, lo que tradicionalmente se entiende como patrimonio cultural se expande y se deforma gradualmente hasta perder sus rasgos particulares. En términos de Marshall McLuhan, en su texto titulado *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, dicha tendencia hacia una progresiva homogeneización de las distintas culturas del mundo desembocaría en la formación de una especie de *aldea global*.

Podemos afirmar entonces que la Onda en México representa una manifestación de la condición postmoderna, no tanto por tratarse de un genuino movimiento contracultural que desde la periferia manifestó sus propias frustraciones y críticas hacia la modernidad, sino más bien por formar parte de un proceso de transculturación que determinó en gran medida su particular configuración. La Onda como fenómeno postmoderno, entonces, pone en evidencia la repetición de ciertos patrones económicos y culturales que caracterizan la condición periférica de América Latina. Así como la modernidad fue un proyecto ideológico impuesto sobre el continente desde los centros de poder, América Latina ingresa a la postmodernidad nuevamente en calidad de objeto. La Onda, que por su naturaleza contracultural pudo haber constituido un genuino movimiento crítico de las desventajosas realidades sociales y económicas que azotan a México y el resto de Latinoamérica, resultó ser una manifestación más del colonialismo ideológico y cultural que la metrópoli ejerce sobre la periferia.

Notas

¹Hago referencia al pensamiento postmoderno posterior al discurso contracultural que renuncia a todo horizonte utópico y declara el fin de la historia y de toda ideología emancipadora, la aniquilación del sujeto, incredulidad ante los grandes relatos—entre ellos el

Marxismo—y afirma en cambio muchos elementos enajenantes de la era tecnológica.

²Es necesario aclarar que el trágico suceso de Tlatelolco fue un fenómeno político que tiene poco que ver con la Onda en sí. Las protestas que desembocaron en el incidente de Tlatelolco surgieron de forma espontánea y aislada cuando algunos grupos de jóvenes pandilleros que peleaban entre sí se unieron con los estudiantes para protestar la brutal represión policial realizada en su contra. Dichas protestas, aunque en un principio estuvieron conformadas mayormente por estudiantes, luego se le sumaron un gran número de personas provenientes de distintos sectores sociales. Por tanto, a través de las protestas estudiantiles, se expresaron algunas de las frustraciones padecidas por un pueblo civil sin una voz real y efectiva ante el sordo y retórico discurso político del PRI, quien se rehusaba a reconocer las contradicciones sociales provocadas por un proceso de modernización que no beneficiaba a todos los mexicanos por

igual. En conclusión, aunque éstos no tuvieron una relación directa, fueron víctimas de modo diferente, de la enorme capacidad represiva del PRI para combatir cualquier fuerza contestataria que se opusiera a su discurso de dominación.

Obras citadas

- Britto García, Luis. *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad, 1991.
- García Saldaña, Parménides. *En la ruta de la onda*. México: Diógenes, 1972.
- Monsiváis, Carlos. *Amor perdido*. México: Lecturas Mexicanas, 1986.
- McLuhan, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. México: Diana, 1969.
- Paz, Octavio. *Postdata*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.